

CUADERNOS DEL ARCHIVO

AÑO IV (2020), N° 7

**Publicaciones del Centro DIHA
(Centro de Documentación de la
Inmigración Alemana en la Argentina)**

Universidad Nacional de San Martín
Catalina de Boyle 3111
1650 San Martín, Argentina

Comité Editorial:

Ing. Francisco von Wuthenau (Centro DIHA)
Dra. Laura Carugati (Univ. Nac. De San Martín, UNSAM)
Dra. Lila Bujaldón de Esteves (CONICET; Univ. Nac. de Cuyo, Mendoza)
Dr. Roberto Bein (Univ. de Buenos Aires, UBA)

Consejo de Redacción:

Lic. Alicia Bernasconi (Univ. del Salvador, Buenos Aires)
Dr. Germán Friedmann (CONICET; UBA)
Dra. Claudia Garnica de Bertona (Univ. Nac. de Cuyo, Mendoza)
Dra. Silvia Glocer (UBA, Biblioteca Nacional Dr. Mariano Moreno, Bs. As.)
Dr. Robert Kelz (Univ. of Memphis, EEUU)
Dr. Hans Knoll (Univ. Nac. de Córdoba)
Dr. Arnold Spitta (Buenos Aires)

Cissy von Scheele-Willich.

Vita

REGULA ROHLAND DE LANGBEHN
Universidad de Buenos Aires.
Centro DIHA (UNSAM)

Franziska Emma (alias Cissy) Scheele-Willich (1888-1970), hija de un funcionario ministerial de Oldenburg, nació en la ciudad de Oldenburg, Alemania. Nos basamos para su biografía temprana en Werner Tabel (2007: 355-374), que escribió un extenso libro sobre autores alemanes en Namibia, en el que once páginas corresponden a nuestra autora. Su trayectoria posterior se colige del libro *Los alemanes en Charata* (2000), de Juan Alberto Miérez y testimonios orales recogidos para ampliar esta biografía. Huelga mencionar el papel de sus publicaciones en el artículo histórico de este cuaderno.

Cuando llegó a la Argentina en 1920 ya poseía antecedentes como autora: aun soltera, con el nombre de Cissy Willich, había publicado en Alemania el librito *Kriegstage in Südwest. Tagebuchblätter aus den Jahren 1914 und 1915* (Días de guerra en Namibia. De un diario personal de los años 1914 y 1915¹). Se había educado en un liceo de señoritas en Oldenburg y después en la Escuela Normal, para luego iniciarse en el mundo del trabajo como profesora particular en una familia en Minden, también en el norte de Alemania. Se pasó después a la cercana Bückeburg, donde conoció a una familia von Vietsch, que ya había vivido varios años en Namibia, en ese entonces Deutsch-Südwest Afrika, la colonia alemana en el suroeste de África. Al terminar su estadía de vacaciones en Alemania se estaban preparando para



regresar a la colonia. Emplearon a Cissy Willich como preceptora para su hijita, y ella los acompañó durante tres años, viviendo en Rehoboth a unos 90 km. al sur de Windhuk, en dicha colonia. Adolf Friedrich von Vietsch (1877-1925) era oficial y jurista y trabajaba en Namibia como funcionario en la administración. Cuando comenzó la Primera Guerra Mundial estaba en Alemania con su familia y no pudo regresar a la colonia. Al volver los von Vietsch a Alemania en 1914, Cissy había intentado colocarse como maestra en uno de los bien pagos cargos de docentes femeninas de las escuelas coloniales, y finalmente quedó como suplente en la escuela gubernamental de Swakopmund. Vivió en esta ciudad en un domicilio oficial reservado para pequeños funcionarios del gobierno.

¹ Oldenburg i. Gr.: s. d., 1916. La obra parece haberse conservado solamente en un ejemplar. El autor Tabel ya había dado por perdida la publicación, pero le enviaron finalmente una fotocopia. Según escribe "el original forma parte del acervo de la Biblioteca Universitaria de Ciudad del Cabo" (Nota 625).

Se conservaron cartas de ese período de vida de la autora, en las que manifiesta que no estaba del todo feliz, pero que la vida solitaria de Rebohoth ya la había impregnado con el amor a la vida rural y pionera. En Swakopmund comenzó a trabajar como maestra de grado con 25 niños, y su empleo se oficializó. Conoció a Alexander von Scheele, que estaba estacionado en la cercana Windhuk. Era un oficial y aviador, con quien comenzó una relación duradera. Von Scheele había nacido en 1887 en Maguncia, Alemania. Militar de profesión, se había especializado en aviación y fue destinado a Namibia. Allí participó de la campaña de 1913/14, en circunstancias de alto riesgo debido al estado de la aviación en aquellos años y a desempeñarse en una zona alejada de los centros técnicos (véase el informe, A. v. Scheele 1936). Fue preso y vivió como internado durante toda la Primera Guerra Mundial, pasando parte de su cautiverio en Inglaterra. Cissy volvió a Alemania a fines de 1915. En el ya mencionado libro *Kriegstage in Südwest* reelabora sus diarios desde agosto de 1914 hasta noviembre de 1915, mostrando las vivencias de la guerra en la colonia, que fue conquistada en 1915 por Inglaterra, y la deficiente comunicación con Europa en esos meses. Cissy Willich se dedicaba a la enfermería en lapsos en los que estuvieron cerradas las escuelas en Namibia y también cuando ya había vuelto a Alemania. Se reencontró con von Scheele, todavía internado, en Holanda, después de años como prisionero en Inglaterra. Se casó con él y lo acompañó en Holanda hasta que fue liberado. En 1920 emigraron a la Argentina² y, alentados igual que muchos otros por la diplomacia alemana, establecieron en el Chaco una chacra cerca de Charata, en el comienzo del incremento de colonización. Mientras que von Scheele realizó las edificaciones y la limpieza del terreno que les había concedido el Estado argentino, su mujer comenzó a contribuir con textos de su autoría al periódico *Deutsche La Plata Zeitung* (DLPZ) y a varias revistas germano-argentinas, ante todo las conservadoras *Der Bund* y el *Jahrbuch des Deutschen Volksbunds* y ocasionalmente el *Phoenix. Zeitschrift des Deutschen Wissenschaftlichen Vereins*, ganando así los fondos para progresar en el campo. Se radicaron allí hasta 1934. Vendieron entonces su propiedad y volvieron a Alemania, donde a von Scheele se le otorgó el grado de coronel (*Major*) en el ejército, y luego fue destinado a la Guerra Civil Española, donde formó parte de la Legión Cóndor. Después de la guerra, que concluyó el 1° de abril 1939, debía quedar como agregado de aviación en España, pero se accidentó en agosto del mismo año en un viaje oficial desde Sevilla a Barcelona, a causa de la niebla en la zona montañosa que debía sobrevolar. Cissy había viajado en 1936 desde Alemania a España sin permiso oficial alemán ni español. Escribía allí con seudónimo (Franziska von Oldenburg) para periódicos nacionales, en castellano, contribuyendo también con programas bilingües en la radio franquista. Después de algún tiempo logró que fuera oficializada su presencia. Fallecido su marido,

² Cissy von Scheele-Willich llegó a Buenos Aires, junto con Alexander von Scheele, el 15/10/1920 viajando desde Amsterdam con el barco *Gelria*. Los dos se habían declarado como "labrador", gente de campo. Ella entonces tenía 31 años, él, 33 años, según el registro del Centro de Estudios Migratorios Latinoamericanos (CEMLA). En marzo de 2020 se encuentran bajo "von Scheele" Franziska, Emma Franziska o Franziska Emma cinco entradas más a la Argentina: véase nota 6 de este trabajo.

permaneció en España durante toda la Segunda Guerra Mundial, viviendo y trabajando en la Embajada Alemana.

Dos entradas en el libro de Ronald Newton *German Buenos Aires* (1977: 97 y 107) remiten al artículo que ella publicó en 1925 en la revista de la Sociedad Científica Alemana *Phoenix*, "Die innere Eignung zum Siedlerberuf" (véase la traducción en las páginas 66-70). Ella diagnosticó en ese breve trabajo la falta de capacidad de muchos inmigrantes de dar el paso para pasar de una situación burguesa acomodada a la vida de campo que era su destino como colonizados, lo que se explica en parte, por llegar a un país en el que las redes sociales todavía no se habían conformado. Quien más detalles cuenta de su vida es Juan Alberto Miérez en su libro *Alemanes en Charata*. Dice allí, relatando los problemas económicos de 1925 en el Chaco:

A la baja cotización del algodón en aquel año 1925, se sumó el fracaso del poder germinativo de la semilla y la falta de lluvias a lo largo de ocho meses. Al momento de la cosecha, en enero de 1926, sobre veinte colonias del territorio, a cinco (entre ellas Charata) les tocó soportar una merma de hasta la tercera parte del rendimiento normal. [...] Desde la misma colonia, Pedro Mück ["principal impulsor" de la colectividad alemana, véase p. 75] realizó dos viajes a Buenos Aires. Allí tomó contacto con miembros de la Embajada Alemana y realizó colectas para ayudar a sus compatriotas que habían quedado en mala situación. – En esa tarea contó con la estrecha colaboración de Cissy, la esposa del general³ Alejandro von Scheele, llegados a Charata en 1920. La mujer era periodista del *Deutsche La Plata Zeitung* y luego del *Deutsche Press*.⁴ Previo a su llegada a Charata, Francisca –tal su verdadero nombre– había trabajado como institutriz en Sudáfrica, por lo que hablaba correctamente el inglés entre otros cuatro idiomas más que dominaba. Durante la Guerra Civil Española, la pareja retornó a Europa⁵. Allí el ex militar se reincorporó como voluntario, falleciendo en un accidente de aviación. En España, Cissy tuvo activa participación en las radios realizando transmisiones bilingües. – Tras aquella contienda volvió a Charata donde se radicó. Cissy retornaría periódicamente a Alemania a visitar familiares y a cobrar las pensiones correspondientes⁶. En cada viaje se despedía de sus vecinos y ami-

³ Los datos de Mierez no concuerdan con los que detallan otros historiadores. Alexander von Scheele era *Hauptmann*, mayor, del ejército alemán, y no general, cuando fueron disueltas las tropas luego de terminar la Primera Guerra Mundial. Y no volvió con su mujer a Alemania después de comenzada la Guerra Civil Española en 1936, sino en 1934, como se mencionó antes, siendo entonces reincorporado al ejército alemán y promovido a *Major* (coronel). Asimismo, su muerte no se produjo durante la Guerra Civil Española, como insinúa el texto, sino después de concluida.

⁴ Las colaboraciones de la autora en el *Deutsche La Plata Zeitung DLPZ* son numerosas. Con el nombre de "*Deutsche Press*" debe referirse al sucesor del mismo, el diario *Freie Presse*, que tomó la posta al ser cerrado aquel y que fue editado hasta 1972.

⁵ Ya se vió que volvieron en 1934, estableciéndose primero en Alemania.

⁶ Cinco arribos de Franziska/Francisca Willich de Scheele se registran en la base de datos

gos, vendía la mayoría de sus muebles y partía. Al tiempo retornaba, se instalaba en su casa, vecina a la de Alejandro Zinser, adquiría nuevo mobiliario y continuaba su vida normal. – En Charata enseñaba inglés a varios niños de familias alemanas. Siendo una mujer mayor y con evidentes signos de deterioro de su salud, algunas integrantes de la colonia alemana charatense que residían en Buenos Aires, especialmente la señora Arndt (que se constituyó en su protectora) la retuvieron allí y la embarcaron definitivamente a su país natal, donde falleció. (Miérez 2000: 73-75)

Termina el párrafo con una foto desdibujada de la autora y su firma, "Franziska von Scheele". En el capítulo que Miérez dedicó a la escuela alemana habla de un anuncio que los alemanes de Charata hicieron en el *DLPZ* para obtener ayuda. Al no obtener respuesta,

se decidió enviar a la señora Cissy von Scheele para que explicara en Buenos Aires a empresarios y connacionales acerca de las deseadas mejoras en la escuela, y de esa manera posibilitar un apoyo financiero. – El viaje de la señora von Scheele fue exitoso, logrando recaudar casi 7 mil pesos, con los cuales se cubrieron los gastos de la culminación del local escolar y el reintegro del valor de la hipoteca que se había contraído (*ibid*: 76).

Otra memoria oral⁷ refiere a que Cissy von Scheele-Willich actuó como "eficiente secretaria honoraria" con Carlos Buck en sus intentos a partir de 1951 de recuperar los bienes de las instituciones alemanas, confiscados en 1945 por el Estado argentino, entonces integrado entre los aliados vencedores de Alemania.

Carlos Buck, cuyo nombre real era Karl Phillip, según investigó Miérez (2000: 63-65) nació en Stuttgart en 1886 y falleció en Charata en 1965. Era comerciante y como tal, se había asentado como empleado de la Union Handelsgesellschaft (UHG), una empresa suiza en Costa de Oro, una colonia inglesa, donde vivió tres años y medio hasta que comenzó la Primera Guerra Mundial. Fue deportado a Inglaterra (igual que todos los habitantes alemanes de las colonias) e internado en la Isle of Man. Como los prisioneros organizaron allí cursos de alto nivel de enseñanza, estudió varios idiomas y música. La misma UHG lo envió después de la guerra a Buenos Aires. En la Argentina esta empresa había fundado la Chaco Importadora a la que abastecía con varios alemanes de Sudáfrica expertos en el cultivo del algodón. Buck se asentó en Charata en 1929 como gerente de la sucursal local de la Chaco Importadora, y más tarde la adquirió. Se desempeñaba en la Unión Germánica como secretario y a él se debe la concreción

del CEMLA, en 1927, 1932, 1938, 1953 y 1956 (última consulta realizada el 31/3/2020), el viaje de 1938 corresponde ya a su período de vida en España.. Conviene recordar que los registros del CEMLA de los años 50, ante todo, no están íntegros, de modo que puede haber viajado más veces.

⁷ Se recabó a través de Ángeles de Martina, profesora en la UNNE, Resistencia, en una noticia del 5/11/2019.

del edificio de la escuela alemana del lugar⁸, edificada en 1931, en la que, según vimos en Miérez, también habían colaborado Cissy von Scheele-Willich y, antes de morir en 1929, el meritorio Pedro Mück. Sin embargo, en su artículo sobre la inauguración de la escuela, curiosamente, nuestra autora menciona únicamente al vecino Julius Schwesig, quien en forma desinteresada contribuyó fundamentalmente a que se estableciera (*DLPZ* 2.8.1925).

No deja de ser interesante el hecho de que Buck y los von Scheele compartieran la experiencia africana.

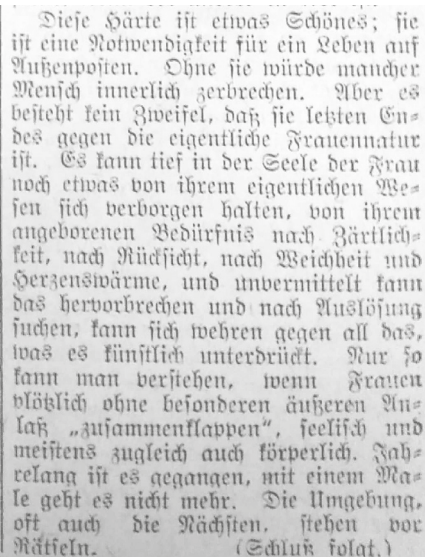
Las últimas estadias de Cissy en Charata podrían haberse producido en los años 60 (pero véase la nota 6, según la que su última llegada fue en 1956), después se quedó viviendo algún tiempo con parientes en Wuppertal, y finalmente en un geriátrico en Bremen, Alemania, por una avanzada enfermedad de demencia. Falleció allí en 1970.

Hay una vasta obra periodística publicada por Cissy en varios países, sin haber sido estudiados hasta la fecha. Sus publicaciones deberán buscarse en Sudáfrica, Alemania, España y la Argentina. La mayoría de sus textos está en alemán, por ahora no registramos títulos en castellano o inglés. En la Argentina se hizo conocer en 1920-21 en el *DLPZ* con un artículo sobre la escuela alemana en Namibia y una polémica serie con el título "Der Heimat Gesicht" (Aspecto de la patria) dedicada al trato insuficiente que sufrieron los soldados alemanes y el personal sanitario en los precarios hospitales temporarios instalados, durante la guerra, en las ciudades alemanas en cuarteles militares. Ya mencionamos que ella había trabajado como enfermera atendiendo a los heridos y reprodujo en esta serie sus impresiones directas, cuya representación fue rechazada en la Argentina por miembros de la asociación de militares alemanes, el *Deutscher Kriegerverein* (véase la controversia con Paul Korsch en el *DLPZ* de la primera quincena de marzo de 1921). Más tarde, su interés se centró en llamar la atención del público lector (de habla alemana) hacia el Chaco y sus problemas. Recordemos que éstos en parte fueron inducidos por el personal de la Embajada Alemana, convencidos hasta más de mediados de los años 20 de que el Chaco era la tierra de promisión, pese a la cada vez más acuciante realidad de sequías, langostas y otras plagas. Cissy von Scheele-Willich dedicó sus textos tanto a los problemas de convivencia que se producían entre las diversas etnias que confluían en el Chaco y dominaban a los nativos originarios y criollos, como también a los problemas del clima y otros factores adversos a la colonización, que a comienzos de los años 20 no habían sido registrados por los especialistas de la Embajada Alemana en Buenos Aires. En efecto, se ve en varios trabajos históricos realizados por Hans Knoll, uno de los cuales forma parte del presente *Cuaderno*, que muchos colonos fueron enviados a la ruina en ese territorio, una ruina previsible para quien se habría ocupado de estudiar detenidamente las condiciones. Viviendo entre colonos, Cissy Willich observó con agudeza estas situaciones adversas, mostrándolas en sus narraciones y analizándolas en artículos periodísticos. Otros de sus trabajos fueron dedicados a representar el entorno chaqueño y el mundo de los trabajos realizados

⁸ Según una Ordenanza del Consejo Municipal de la ciudad de Charata, N° 1.179/2000, la ciudad honró a Carlos Buck dando su nombre a una calle.

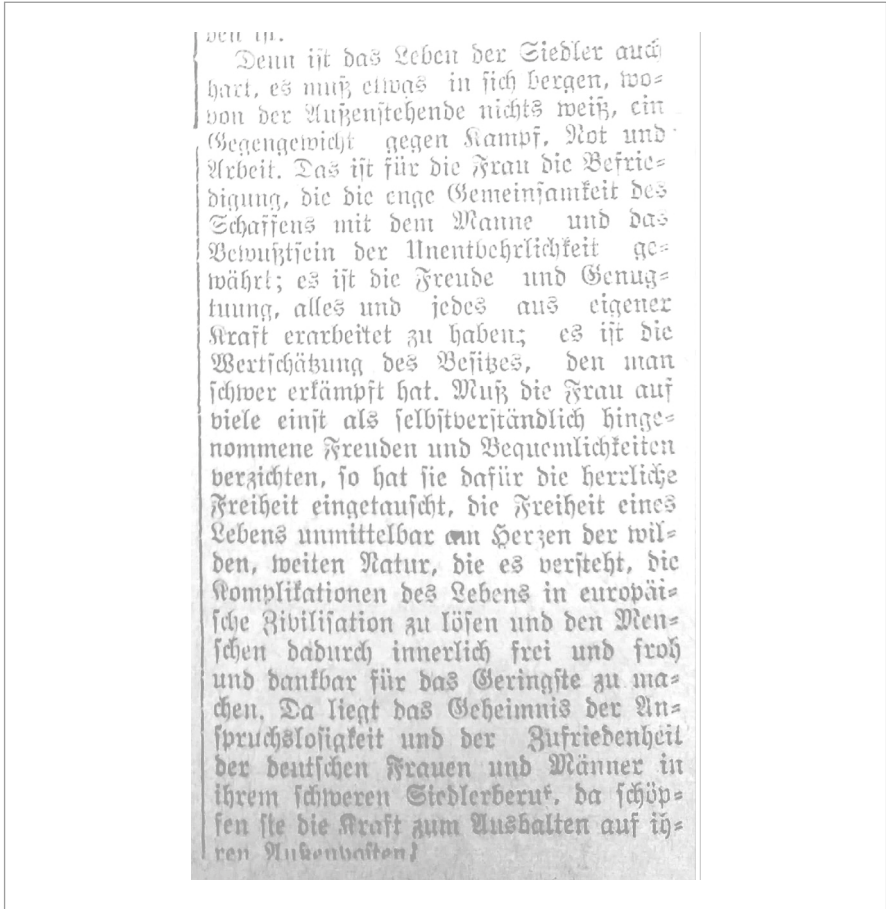
en la zona. Los textos que contiene este *Cuaderno* se publicaron en revistas conservadoras de la colectividad de habla alemana, ante todo las de la Unión Germánica (*Deutscher Volksbund*) –a cuya tendencia también pertenecía el *DLPZ*, que después se adhirió a la ideología nacionalsocialista– a diferencia de los de Ilse von Rentzell, cuyos trabajos se publicaron en el *Argentinischer Volkskalender*, editado por Ernesto Alemann desde 1927 hasta 1942, de tendencia liberal. Pese a ello, muchas observaciones sobre la sociedad, las condiciones de vida de los colonos y ante todo sobre diferencias estamentales, como en von Scheele la opinión de los inmigrantes frente a los criollos y en von Rentzell el trato que los criollos daban a los indígenas, concuerdan en los artículos de las dos autoras cuyo testimonio se incluyó en este volumen.

Uno de los artículos de Cissy von Scheele-Willich se ocupa de la vida de las mujeres en las colonias agrarias, las dificultades que para ellas surgían en la vida aislada y rústica, pero también de las satisfacciones de contribuir al bienestar en libertad, tal como entonces se pudo vivirla en la Argentina. Terminamos citando dos párrafos de este trabajo:



Diese Härte ist etwas Schönes; sie ist eine Notwendigkeit für ein Leben auf Außenposten. Ohne sie würde mancher Mensch innerlich zerbrechen. Aber es besteht kein Zweifel, daß sie letzten Endes gegen die eigentliche Frauennatur ist. Es kann tief in der Seele der Frau noch etwas von ihrem eigentlichen Wesen sich verborgen halten, von ihrem angeborenen Bedürfnis nach Zärtlichkeit, nach Rücksicht, nach Weichheit und Herzenswärme, und unvermittelt kann das hervorbrechen und nach Auslösung suchen, kann sich wehren gegen all das, was es künstlich unterdrückt. Nur so kann man verstehen, wenn Frauen plötzlich ohne besonderen äußeren Anlaß „zusammenklappen“, seelisch und meistens zugleich auch körperlich. Nachrelang ist es gegangen, mit einem Male geht es nicht mehr. Die Umgebung, oft auch die Nächsten, stehen vor Rätseln. (Schluß folgt.)

Esta dureza [de carácter que se adquiere viviendo en soledad] es algo bello, es imprescindible para una vida pionera. Sin ella muchas personas se derrumbarían desde adentro. Pero no hay dudas de que al final de cuentas, es contraria a la naturaleza propia de las mujeres. Muy en el fondo del alma de la mujer puede esconderse algo todavía de su propio carácter, de su congénita necesidad de ternura, de respeto, de cariño y calor humano, y esto puede manifestarse en forma brusca y buscar ser satisfecho, defendiéndose de todo aquello que lo sofocaba artificialmente. Así solamente se puede comprender que algunas mujeres repentinamente y sin alguna razón externa se "derrumban" anímicamente y por lo general a la vez físicamente. Se lo han aguantado durante años, y de una vez ya no funciona más. Los que viven alrededor, incluso muchas veces los seres más cercanos, están ante un enigma.



Porque, aunque la vida de los colonos es dura, debe contener algo de lo que no sabe el que es de afuera, un contrapeso contra la lucha, la carestía y el trabajo. Para la mujer ello es la satisfacción de trabajar junto al esposo y la conciencia de no ser prescindible; es la alegría y satisfacción de haber confeccionado todo y cada cosa mediante el esfuerzo propio; es la valoración de la propiedad a la que se accedió en arduas luchas. La mujer, aunque debe prescindir de muchos placeres y comodidades que antes había considerado algo normal, ha recibido a cambio la gloriosa libertad, la libertad de una vida inmediata al pulso de la salvaje y amplia naturaleza. Esta es capaz de resolver las complicaciones de la vida y civilización europea y de convertir a la persona en interiormente libre y alegre y agradecida por las cosas más pequeñas. En esto reside el secreto de la sencillez y el conformarse de los alemanes, mujeres y hombres, en su difícil vida de colonos, de ahí sacan la fuerza para resistir en su lugar de pioneros.

Scheele, C. von. "Deutsche Frauen auf Aussenposten", *DLPZ* 13 y14/1/1925.

Nota formal: Algunas notas son de la traductora, lo que se señala como "(N.d.T.)", las otras pertenecen a la edición. Palabras españolas del original se transcriben en *cursiva*, conservando las comillas si las hay (el uso no es uniforme) pero omitiendo la explicación para el lector alemán.

Textos traducidos:

Sobre las dotes necesarias para ser un buen colono, "Die innere Eignung zum Siedlerberuf". *Phoenix* 5 (1925): 10-14.

Nosotros, los colonos del algodón, "Wir Baumwollkolonisten", *Bundeskalender* 1927 (192): 93-95.

La noche sagrada de los difuntos, "Die heilige Nacht der Toten", *Bundeskalender* 1928: 148.

Velorio, "Velorio", *Bundeskalender* 1927 (1926): 123-124.

Nuestros vecinos, "los negros". "Unsere 'schwarzen' Nachbarn". *Bundeskalender* 1928 (1927): 129-135.

Bibliografía

Fuentes informales

Intercambio por whatsapp con Ángeles de Martina, profesora en la UNNE, Resistencia, el 5/11/2019.

Ordenanza del Consejo Municipal de la Ciudad de Charata, N° 1.179/2000 (Publicada en internet, vista diciembre de 2019).

Bibliografía

Knoll, Hans. "El Chaco como destino de la colonización alemana: acerca del trasfondo de la política migratoria alemana durante la República de Weimar". En *Cuadernos del Archivo* II.1 (2018), N° 3, 10-26.

--. "El Chaco después de la Primera Guerra Mundial: los colonos alemanes en el 'Salvaje Oeste' de la Argentina". En este *Cuaderno*.

Miérez, Juan Alberto. *Alemanes en Charata*. Charata, Chaco: Edición de autor, 2000

Newton, Ronald. *German Buenos Aires. 1900-1933. Social Change and Cultural Crisis*. Austin & Londres: Univ. of Texas University Press, 1977.

Scheele, Alexander von. "Flieger in Südwestafrika", en Werner von Langsdorff (ed.). *Deutsche Flagge über Sand und Palmen*. Gütersloh, 1936: 149-171.

Scheele, Cissy von. "Deutsche Frauen auf Aussenposten". *Deutsche La Plata Zeitung [DLPZ]*, 13 y14/1/1925.

--. "Die Eröffnung einer deutschen Schule in Charata". *DLPZ*, 2/8/1925.

Tabel, Werner. *Autoren Südwestafrikas. Biographien, Rezensionen und Hintergrundinformationen*. Göttingen [u.a.]: Hess, 2007: 355-374.

Cissy von Scheele-Willich

Cinco trabajos periodísticos

Traducciones de Beatriz Romero

Nosotros, los colonos del algodón¹

¡Cómo puede mudar la dirección del viento en esta vida!

Partimos rumbo al Chaco hace más de tres años. Fue al azar, para probar suerte, sin un centavo y un poco "enfermos del corazón". Nuestros amigos y conocidos nos aconsejaban que abandonásemos aquella empresa aventurada, deploraban que fuésemos a perdernos en tierras de nadie y expresaban reparo acerca de nuestro futuro. Luego, hace poco, durante una breve visita a Buenos Aires, dondequiera que iba escuchaba, junto con el apretón de manos del saludo, las mismas palabras: "¡Debe irles bien allá arriba; como cultivan algodón ...!"

Algodón – oro blanco. El oro es riqueza. La riqueza es felicidad. ¿No debería ser el Chaco, entonces, la tierra de los afortunados?

Sea en los terrenos auríferos de Alaska o de otras zonas del orbe; sea en los terrenos diamantíferos de Sudáfrica o de otros países cualesquiera, los buscadores de fortuna siempre llevan una vida llena de penurias y privaciones. A nadie se le ocurriría contarlos entre los habitantes adinerados y felices de este mundo. Así pues, tampoco el oro blanco está esparcido por los campos a la espera de que se lo recoja. Su extracción también es fruto de arduas faenas y de una vida de trabajo parca y fatigosa. Esto se debe a que el colono medio y principalmente nosotros, los inmigrantes alemanes, iniciamos dicha actividad sin recursos materiales, lo que en los primeros años nos obliga a restringir nuestras adquisiciones y renunciar a todo lo que pudiera aliviar nuestro trabajo y vida cotidiana.

A esto se suma otra complicación: el cultivo del algodón constituye un sector menos conocido y probado que otras actividades agrícolas en la Argentina en general y en el Chaco en particular. Es cierto que el Ministerio de Agricultura se esmera por lograr que se cultive el algodón de manera correcta mediante la divulgación de cartillas informativas y explicativas, pero el desconocimiento del idioma hace que muy pocos puedan acceder a la información. Por lo tanto, debemos apelar a otros recursos para informarnos sobre el cultivo del algodón, cuales son, por un lado, los consejos de otros colonos y, por otro, nuestra propia experiencia en la materia. Entre las dos, el segundo es con creces el más valioso y el único inconveniente es que requiere tiempo y dinero.

Poco a poco cada uno de nosotros aprende a ajustarse a ciertas reglas básicas, típicas del cultivo del algodón. Comienzan con los preparativos para la producción, vale decir, la arada del futuro algodonal. Como los últimos años nos enseñaron a prestar particular atención a la marcada sequedad de la región de Charata, se nos impone asegurarnos un factor de seguridad efectuando una

¹ Texto base: "Wir Baumwollkolonisten", *Bundeskalender* 1927 (192): 93-95.

arada profunda. Desde principios de septiembre miramos con ansiedad al cielo y elevamos plegarias a San Pedro para que, después de la sequía casi siempre total de los meses de invierno, nos mande sin demora copiosas lluvias que nos ayuden a lograr una siembra lo más temprana posible. Si sembramos sin hacer caso de las precipitaciones, tendremos escasas perspectivas de éxito. El límite puesto al período de siembra es de mediados de noviembre, lo que da a San Pedro un buen margen de tiempo para recapacitar. El destino de casi todos los principiantes es sembrar algodón sin ayuda de una sembradora, lo cual, más allá de la lentitud que implica, resulta sumamente penoso y físicamente agotador. Debe hacerse con la mano y con el pie, que va echando una leve capa de tierra por encima de cada semilla. De ahí que una meta importante para todo colono sea la de adquirir una sembradora que le garantice que en corto tiempo pueda sembrar la mayor cantidad posible en la tierra aun húmeda por las primeras lluvias -a las que a menudo demoran en seguir otras- y cubrir las semillas de forma pareja y correcta.

Una vez que quedó atrás la inquietante pregunta acerca de si germinará la semilla de algodón y las plantitas verdes se yerguen lozanas en sus hileras, hay que empezar a preocuparse por su futura evolución. A esta altura del año las heladas aun pueden destruir muchos cultivos y también las langostas suelen volver a visitarnos durante estos meses. Si finalmente los destinatarios de nuestros desvelos superaron con éxito estos dos peligros, el cielo seguirá teniendo la última palabra en relación a las lluvias, pues una sequía pronunciada o lluvias excesivas impedirán que medren en este estadio de su evolución.

El algodón no nos concede un buen descanso después de la siembra, ya que nuestra inacción mermaría el desarrollo de los algodoneros. A medida que va creciendo la planta, prolifera la maleza y el colono marcha con la azada a enfrentar a este nuevo enemigo. Apenas tiene los medios suficientes para adquirir una carpidora práctica y moderna, el esfuerzo de escardar la tierra se reduce en dos tercios. Sin esta, es imposible que un colono solo escarde un terreno de ciertas dimensiones; necesitará de muchas manos que le ayuden. Sin embargo, nunca puede prescindirse totalmente de la azada, pues la maleza dentro de la hilera de algodón debe extraerse con habilidad. Es cierto que si la siembra es mecánica también deben ralearse las plantas que interfieren unas con otras para restituir la distancia de aprox. 60 cm entre una y otra, pero mucho más agotador es este raleo o "aclareo" del algodón en los terrenos de sembrado manual, donde deben eliminarse cuidadosamente con la mano varias plantitas que crecen juntas para dejar en pie la planta destinada a prosperar. Debe uno haber sentido arder hora tras hora sobre la espalda encorvada el sol chaqueño, que ya en noviembre es implacable, para saber cuánto esfuerzo y energía física le requiere a los alemanes, acostumbrados al clima nórdico, la tarea de escardar y raleo el terreno.

Durante los meses de crecimiento de las plantas, la azada no descansa nunca y cada lluvia requiere remover nuevamente la tierra, ya sea a máquina o a mano. Por añadidura, apenas comienza a desarrollarse la planta de algodón se suma el temor a que la invadan las orugas. A veces se discute cuál es el enemigo más peligroso del algodón, si la langosta o la oruga. Ciertamente al colono no le queda más remedio que combatir la oruga, aunque le resulte muy

costoso. El verde de París o verde de Schweinfurt² es un insecticida caro, y la fumigadora, imprescindible en terrenos extensos, constituye un gasto suplementario. Lo peor es el daño que inflige el colono mismo a la planta al aplicar insecticidas. Terminamos por combatir un mal con otro peor.

Las penurias y esfuerzos de todo tipo que debe afrontar el colono del algodón durante los meses de verano trabajando y afanándose sin respiro, le enseñan al poco tiempo lo que puede lograr y lo que no, y le muestran con cuánta producción a bulto puede contar. Según el caso, las fabulosas cifras de productividad del oro blanco sufrirán, tarde o temprano, fuertes mermas. El número de familiares involucrados en la tarea y la maquinaria de que disponga, determinarán la mayor o menor cantidad de hectáreas de algodonal que podrá atender. Una familia de tres o cuatro miembros, cosa habitual en la zona, que siembra y realiza las demás tareas a mano sin ayuda mecanizada, no tiene más remedio que limitarse a cultivar entre cinco y seis hectáreas si aspira a obtener un buen rendimiento. Por el contrario, si una familia de igual cantidad de integrantes dispone de la maquinaria necesaria, podrá cultivar con éxito de veinte a treinta hectáreas sin mano de obra ajena.

Un matrimonio sin hijos y más aun un colono soltero –y el porcentaje de solteros sigue siendo alto aquí- no podrán lograr un rendimiento satisfactorio durante el período de cultivo, si no cuentan con ayuda mecanizada ni colaboración ajena. Para escardar la tierra y cosechar el algodón deberán contratar mano de obra, y el beneficio obtenido en la cosecha dependerá por entero de la maquinaria y el número de manos de que dispongan. Suponiendo que cuenten con escaso efectivo -como suele ser el caso- pero dispongan de maquinaria, el término medio de hectáreas cultivables será de quince a veinte para un matrimonio y de diez a quince para un colono soltero.

En tiempos de cosecha, únicamente las familias numerosas que trabajan mancomunadamente pueden arreglarse sin mano de obra contratada, ya que la cosecha de algodón requiere disponer de la mayor cantidad de manos posible, pues todo retraso en la recolección significa pérdidas económicas. En términos relativos, el mayor ingreso neto por cosecha siempre lo obtendrán las familias numerosas que pueden prescindir de mano de obra ajena para la recolección, dado que el salario que percibe el recolector reduce considerablemente el ingreso por hectárea. Por lo general, calculamos los gastos por tonelada de algodón, incluyendo el salario del recolector, en \$150.- como mínimo, y ya mencionamos que el producto de una tonelada por hectárea solo se obtiene cuando las condiciones son óptimas en todo sentido. Los colonos del Chaco tampoco fantaseamos con que el precio fabuloso de \$500.- o semejante por tonelada, como el que por momentos se pagó en la cosecha pasada, podría llegar a ser permanente. Todos contamos con que en la próxima temporada tendremos que avenirnos a un precio que, en promedio, será bajo.

Con el sudor de la frente logramos extraer el oro blanco. Y este desnudo, esta lucha por lograr éxito abocándonos a un trabajo individual esmerado, escri-

² El verde de París, verde-París o verde de Schweinfurt (acetoarsenito de cobre) es uno de los primeros insecticidas de los que existe constancia. (Nota de la traductora: N.d.T.)

puloso y a conciencia es precisamente lo que atrae al colono alemán del Chaco hacia el cultivo del algodón. Puede observarse frecuentemente que los colonos de otras naciones están más predispuestos para las tareas agrícolas en gran escala, que no requieren atender la producción a escala reducida sino en masa, como sucede con el maíz. La idiosincrasia alemana, en tanto, prioriza y está dotada para luchar por beneficiarse trabajando con tenacidad y siendo consecuente en lo pequeño. Y sin pretender hacer el juego a las exageradas promesas de ganancia en el cultivo del algodón, es dable esperar, después del éxito de los primeros años, que el cultivo del algodón sacará al colono alemán del Chaco de la opresiva penuria y las duras privaciones del comienzo para encaminarlo hacia un futuro libre y exento de incertidumbres.

Sobre las dotes necesarias para ser un buen colono³

Diversas causas motivaron que, desde hace algún tiempo, el tema y la problemática de las colonizaciones se constituyeran en un foco de interés general en el país. La atención se centra ante todo en las regiones del norte de la República, donde las selvas hasta entonces improductivas y las tierras desaprovechadas, dejadas a merced del pastoreo, se abren al proceso de colonización con ayuda de la corriente migratoria procedente de Europa, una corriente que, en constante crecimiento, es orientada en forma expeditiva hacia dichas regiones. La inmigración alemana tiene activa participación en dicho proceso.

La mayoría de los inmigrantes alemanes que se asientan en colonias abandonan su lugar de origen con el propósito, desde un inicio, de radicarse aquí. Renuncian a su profesión, a su empleo, a menudo incluso a propiedades inmuebles, para convertirse en colonos en la Argentina. Algunos vienen seducidos por relatos personales que les llegan por carta o entusiasmados por las descripciones que encuentran en los periódicos u oficinas de informes de las compañías de colonización; otros muchos, huyendo de situaciones domésticas poco propicias. Los menos se deciden a tomar esta determinación por estar disconformes o imposibilitados de progresar en las actividades emprendidas hasta el momento.

Cuando surge la pregunta de si el inmigrante alemán está capacitado para desempeñarse como colono, suele abordarse ante todo y a menudo exclusivamente la cuestión de sus recursos económicos. Mucho se ha escrito en tiempos recientes y con razón acerca del "capital inicial suficiente", dado que los criterios errados sobre el tema y la consigna de "empezar de la nada" puesta en circulación de mala fe o por mera ignorancia, han dado pie a muchas desdichas y calamidades.

Hoy no me propongo tocar este tema, sino referirme a una cuestión poco examinada hasta el momento: la que se plantea si todo individuo, de por sí, es apto para realizar tareas de colono, siempre que disponga de suficientes medios económicos para arrancar y pueda responder a la pregunta poco específica de

³ Texto base: "Die innere Eignung zum Siedlerberuf". *Phoenix* 5 (1925): 10-14. Subtítulo: *Según observaciones personales de Cissy von Scheele-Willich.*

si ama y disfruta de la naturaleza con una respuesta afirmativa igualmente vaga. O si, como otras, también esta actividad requiere determinada predisposición y aptitudes *internas* que le aseguren un resultado exitoso y satisfactorio en el trabajo.

Mi permanencia en una colonia del Chaco durante cuatro años, en medio de un mosaico de colonos de las más diversas nacionalidades y ocupaciones previas, me permitió observar a qué punto incluso el oficio de colono requiere una predisposición interna particular. Si estamos entre los que se interesan por ahondar en cuestiones de esta índole, reconoceremos que no basta con juzgar al colono recurriendo a lugares comunes como "el que se esmera, progresa; el perezoso no avanza" o "para tener éxito como colono hay que haber nacido agricultor" o "con suficiente capital cualquiera puede ser colono".

Imaginemos cómo se desarrolla el proceso de volverse colono. Por lo general, viene a parar a una región que le es totalmente ajena por el clima, la naturaleza del terreno y las condiciones de vida. Se ve un buen día asentado sobre un pedazo de tierra que ha comprado u ocupado y, sin más, el destino le dice: "¡Sé colono!" Realizará las faenas iniciales de modo esquemático, imitando lo que ve hacer a otros o escucha que otros le dicen. Pero al poco tiempo deberá enfrentarse a tareas que requerirán total independencia de criterio, la independencia que siempre ansió tener en su lugar de origen y en su nuevo hogar y que suena aun más fascinante si se la identifica con el término de "libertad".

¿Acaso no es comprensible que una persona que durante toda su vida ocupó un empleo fijo, cumpliendo tareas prescritas, no pueda independizarse de un día para el otro? Sus reflexiones y proyectos no excederán el horizonte de un empleado asalariado, lo que supone ciertas limitaciones. Los individuos acostumbrados a contar con sumas de dinero precisas y de escaso monto aprenden a ahorrar cada moneda, y no logran deshacerse de esta costumbre cuando se trata de asumir el riesgo de invertir una cantidad considerable en un negocio redituable. Sienten cierto sofocón cuando la necesidad los urge a desembolsar un monto importante de una sola vez. Por un lado, ahorran en pequeñeces y, por otro, derrochan dinero en nimiedades, pues carecen de visión de conjunto. Debe aprenderse, practicarse y ensayarse la capacidad de pensar a futuro, más allá de un día para el otro o una semana para la otra; de prever ganancias y pérdidas en término de años; de hacer cálculos aproximados en asuntos de dinero; de saber distribuir el tiempo disponible y las labores que deben cumplimentarse. De ahí que aquellos que debieron actuar con criterio propio en ocupaciones previas tengan una gran ventaja interna frente a los que, al iniciarse como colonos, trabajan por primera vez en forma independiente.

La principal predisposición natural que garantiza autonomía segura en el trabajo consiste en saber manejarse bien, sin depender de otros. Realizar mecánicamente una tarea dispuesta por otro, no es lo mismo que disponer por propia cuenta las tareas que ha de realizar uno mismo o la mano de obra requerida. La faena diaria y más aun la anual de un colono no es tan sencilla como parece: debe sembrar en primavera, roturar la tierra en verano, cosechar en otoño y sobrearar en invierno. A la par de las labores prioritarias del día, hay tantas tareas complementarias impostergables, que casi todas las mañanas el colono se halla ante la necesidad de distinguir lo esencial de lo secundario y distribuir la mano de obra disponible en el sitio adecuado a la hora precisa o sea desempeñar

tareas tácticas y estratégicas, lo llamaría un soldado. A esto se suman situaciones críticas como catástrofes y cambios climáticos u otras adversidades como plagas o la baja inesperada de un integrante de la mano de obra. En estos casos, el colono no cuenta más que consigo mismo para analizar la situación y decidir cómo procederá. Si en tales coyunturas no cuenta con aptitudes suficientes para manejar la situación; si actúa de manera atolondrada o no tiene una adecuada visión de conjunto, en poco tiempo podrán caer en saco roto todos los esfuerzos realizados y todas sus buenas intenciones. Podríamos llenar páginas enteras con ejemplos que demuestren que la clave del éxito en la tarea de los colonos radica en su capacidad de disponer el trabajo con independencia de criterio. Aquel que con anterioridad cumplió tareas mecánicas en una fábrica u otro empleo a sueldo fijo y aun conserva esta capacidad latente, tendrá que ir desarrollándola antes de poder confiar en ella. Ni siquiera la persona que aprendió y ejerció labores agrícolas desde joven, por lo que debió manejarse con independencia, tiene el éxito asegurado como colono. Puede observarse en todas las colonias que, si bien los agricultores alemanes le llevan ventaja a los que provienen de otras ocupaciones por estar habituados a las tareas de campo, al trato con los animales de trabajo y demás, muchos de sus conocimientos en la materia se convierten en un obstáculo que les impide adaptarse a las nuevas condiciones de vida en un país extraño, por lo que su modo de manejarse puede resultar tan desacertado como el de los colonos que no provienen de dicha rama de actividades.

Además de la iniciativa propia en su ámbito de trabajo específico, este país requiere que en los distritos colonizados muy alejados de los centros de civilización las personas tengan cierta autonomía en la forma de presentarse y en su capacidad de alcanzar una posición social en estas tierras nuevas, pues son nuevas en todo sentido. No es, por ende, casual que en las jóvenes colonias se perciba a qué punto gran cantidad de alemanes recién llegados se sienten dependientes de otros. En lo que respecta a la educación del individuo, el estado policial alemán, bien regulado y sin duda ejemplar en cuanto a estructura y organización, tiene la desventaja de que acostumbra al individuo a comportarse en exceso conforme a preceptos, debido a la abundancia de prescripciones puntuales que le impone. Todo alemán refleja de algún modo el hecho de que ha sido educado para obedecer, y cuando cesan repentinamente este riguroso ordenamiento y esta predeterminación en todos los aspectos de su vida cotidiana y laboral, dando paso a la dorada libertad de un territorio de colonización argentino, parece sentirse particularmente desamparado o, pasándose al extremo opuesto, laxo e inestable. Con variantes se repite el caso de que un colono alemán recién llegado reclame insistentemente su derecho a recibir ayuda y apoyo. "¡Me han dicho que me ponga en contacto con usted, de modo que debe encargarse de mí!" o "¡Usted es compatriota mío, así que tiene la obligación de darme una mano hasta que me haya establecido!" ¡Qué colono veterano no conocerá estas exigencias, proferidas con sorprendente naturalidad! Dicho sea de paso, la persona que responde a ellas con la mejor disposición hacia el otro y sin obligación alguna, las más de las veces cosecha ingratitud y disgustos en lugar de agradecimiento y retribución. Este comportamiento no puede menos que atribuirse a la asistencia estatal y social tan profusamente extendida en

Alemania, a la que se van acostumbrando sus habitantes. Otro aspecto de su dependencia interior es la falta de firmeza o abulia, que con frecuencia sigue al desamparo del comienzo, que no tiene que ver tanto con una moral laxa como con una actitud frente a la vida y los hábitos cotidianos. Es sabido que el que se viene abajo en lo exterior, no demora en desmoronarse interiormente, y las tristes experiencias hechas por más de uno nos enseñan que, para vivir la vida solitaria del colono, una persona que ha estado acostumbrada a vivir en aglomeraciones requiere, además de autonomía, una buena provisión de dominio sobre sí misma, de autodisciplina, en su nueva ocupación. El hecho de ser una persona instruida no constituye, en modo alguno, mayor garantía en este sentido.

Cuando se evalúan las dotes favorables para desempeñar el oficio de colono, debe abordarse otra cuestión que también tiene que ver con aspectos internos del ser humano, esto es, si está en condiciones de adaptarse a las nuevas condiciones de vida. Hay muchos colonos que se resisten tenazmente a hacer borrón y cuenta nueva en relación al pasado. Se quejan sin cesar y enumeran lo que en otros tiempos poseyeron en cuanto a fortuna, bienes, honores, amores y demás. Así, ciegos y sordos a todo lo que la nueva vida les ofrece en compensación, agravan aun más su existencia de colonos de por sí dura y llena de carencias. Asimismo, remozando pasadas grandezas, creen ganar en prestigio frente a sus compatriotas. Hoy por hoy sigue siendo común encontrar colonos que se rehúsan a renunciar a su estilo de vida acostumbrado y, para mantenerlo, dilapidan su dinero y tiempo muy por encima de sus posibilidades. En lugar de invertir los medios con sensatez para que el trabajo les reditúe al máximo en el menor tiempo posible, gastan por demás para mantener sus hábitos y comodidades cotidianas. De tal modo, sin ser conscientes de ello, traban su posibilidad de progreso.

Para lograr adaptarse a las diferencias en las condiciones de vida, también considero necesario revisar el modo de ver y valorar las tareas manuales, que la mayoría de los inmigrantes alemanes intelectuales considera como algo inferior, desdeñable, por debajo de su rango social. El que no corta por lo sano con esta mentalidad antes de establecerse como colono; el que piensa que debe tener mano de obra contratada para no arruinarse las uñas, es el menos dotado de todos para ser colono. El trabajo manual nunca es deshonra ni aquí ni allá; el colono debe *poder* y, ante todo, *querer* encarar las tareas sin mezquinar esfuerzos.

Llego así a la última, no por ello menor, exigencia interna al hablar de las aptitudes necesarias para ser un buen colono. Me refiero a la de poseer una firme y denodada voluntad de trabajo y una actitud perseverante en todo sentido. Dondequiera que se establezca el colono y comoquiera que se inicie en este oficio, sea con muchos o escasos medios, siempre requerirá –a la par de la libre iniciativa de la que dispone– una energía férrea, posiblemente más de la que requiere la mayoría de las demás ocupaciones. En este país, caracterizado por poderosas fuerzas naturales y relaciones comerciales inestables, nunca faltarán los reveses, y no siempre le resultará fácil al colono mantenerse firme en la brecha y aceptarlos con naturalidad. El clima termina por poner a prueba constantemente su fuerza de voluntad y podrá, según sean sus aptitudes, ser un eximio agricultor, un excelente planificador y administrador o saber calcular hábilmente la conveniencia de sus decisiones; pero, sin una voluntad inquebrantable, la vida

del colono lo llevará indefectiblemente a la pasiva indolencia tan marcada entre los habitantes naturales del país, que paraliza el brazo que debe sostener el arma en la lucha por progresar.

La noche sagrada de los difuntos⁴

Cae la noche sobre el pueblo, que se tiende sobriamente a ambos lados del ferrocarril. La mayor parte de las casas y los ranchos está cerrada y la luz de las fondas parece guiñar en vano en dirección a la oscuridad tratando de captar a algún parroquiano, aunque casi ninguno se hace ver. Por momentos, las escasas lámparas de arco iluminan una que otra forma humana que se escurre como una sombra por la calle silenciosa y desierta. Aquí y allá resuena el apagado ruido de cascos que se hunden en la arena y el traqueteo de un automóvil al aproximarse y alejarse. Todo movimiento parece dirigido misteriosamente hacia un lugar donde la vía férrea se pierde en la soledad de la noche.

Hacia allí se dirigen las personas, ya solas, de a dos o en grupos, casi todas en silencio, como respondiendo a un mandato tácito. De tanto en tanto, pasan automóviles por la atestada calle, levantando asfixiantes nubes de polvo que envuelven a jinetes, carros y carretas por igual, hasta ocultarlos por completo. Todo se ilumina un instante y encandila a los caminantes. Luego, la oscuridad vuelve a cernirse como una bóveda sobre el conjunto. El polvo da una tonalidad gris al camino y a su costado se perfilan las negras siluetas de los árboles y arbustos, pero en el cielo titila la luz mortecina de miles de estrellas.

Luego, de improviso, en una curva del camino donde la mirada se pierde en la vastedad del campo, encontramos, tendido frente a la negra y silenciosa selva virgen, un jardín de luces: el jardín de la muerte, donde esta noche los vivos han encendido un mar de velas para dar testimonio de amor y fidelidad a sus muertos.

Cada vez más cerca oímos el murmullo de voces, el canto, el relincho de caballos, hasta que frente a la entrada al cementerio refrenamos el paso.

¡Qué extraña, qué ajena -más aun, qué conmovedora- resulta la escena, para el que la presencia por primera vez! Desde el ángulo en que me hallo en el cementerio, las sombras humanas no dejan ver el resplandor de las velas. Junto al vallado se alinean los caballos, algunos ensillados, otros sin apero. A ambos lados del camino y más allá del terraplén del ferrocarril se apiñan jardineras, carros y sulkys. Han sujetado los animales de tiro de costado; casi no hay coche debajo del cual o junto al cual no crepita un fogón y se acurruquen figuras oscuras calentando la pava para el mate. Para ampararse, algunos armaron una especie de carpas muy rudimentarias con un par de estacas clavadas en la tierra y unas bolsas y trapos tendidos entre estas y el carronato. Algo apartados del cementerio se instalan varios puestos de comida. En su interior, a la luz trémula de los faroles, pueden verse hombres y mujeres sentados sobre bancos y cajones, reconfortándose con un asado a la parrilla, un vino o una cerveza. En

⁴ Texto base: "Die heilige Nacht der Toten", *Bundeskalender* 1928: 148. Subtítulo: *Un apunte del Chaco argentino por Cissy von Scheele-Willich*.

el camino, entre los carruajes, delante de las carpas y junto a la entrada al cementerio se mueve una hormigueante multitud, deambulando ociosamente, buscando algo o a alguien o contemplando el entorno con mirada embobada. Ríe, conversa, discute o pasea en silencio. Y cuando los faros deslumbrantes de alguno de los pequeños automóviles Ford que pasan como una ráfaga caen sobre esta animada escena, puede un extraño preguntarse si se trata de una quermés o una festividad en honor a los difuntos.

Sin embargo, en el jardín de los muertos quedamos subyugados por el particular hechizo de esta antigua costumbre popular de pasar la noche entre la festividad de Todos los santos y el Día de difuntos junto a las tumbas de los muertos. Ya sea a los pies de una humilde cruz de madera sin epígrafe, sobre una sencilla lápida o delante de un monumento de piedra con ciertas pretensiones, cada tumba está adornada con velas, y su fulgor centuplicado envuelve el espacio circundante en una maravillosa, ondeante luz rojiza. En el mar de luces relumbran los colores: el amarillo rabioso de un vestido de mujer; el blanco de muchos pañuelos de cabeza; la indescriptible policromía de los adornos de papel, las coronas y ramos de flores sobre las tumbas; los ponchos de los hombres y pañoletas de las mujeres, improvisados abrigos contra el viento. Pero con mayor intensidad aun que el esplendor del colorido se destaca, en medio de este juego de luces del cementerio, el negro austero que enluta la escena. Grupos enteros de mujeres van vestidas de negro de pies a cabeza; los pañuelos negros ciñen sus rostros morenos y apenas dejan ver sus grandes ojos oscuros. También los trajes de los hombres son casi todos negros.

El aire nocturno está lleno de un peculiar vocerío. El murmullo de las plegarias se confunde con el parloteo, las risas y los llantos infantiles. Entremedio crepitan las velas y uno que otro fogón entre las tumbas y chacolotean los utensilios de lata de los grupos que acampan en el lugar. Por encima de todo flota una extraña salmodia, que resuena, ora cerca, ora más alejada de las tumbas. Las voces femeninas son estridentes, alternando en el responso las masculinas suenan calmas, plenas y dulces. Es curioso observar los grupos, que se alinean como cuadros vivos uno junto a otro. Veo ancianos de cara y manos atezadas surcadas de arrugas, la cabeza descubierta, sosteniendo una vela en la mano, con la que iluminan un texto sobre un trozo de papel. Otros arriman la cabeza para leer con ellos. Vemos mujeres gordas envueltas en ropajes negros acunando a sus criaturas, mientras cantan con los ojos fijos en las velas de una tumba. Hay niñas de piel muy blanca y vestidos de moda vaporosos y coloridos; y muchachas de pueblo con vestidos plisados de algodón estampado de corte anticuado y pañuelos blancos fuertemente anudados a la cabeza, acompañando el cántico de los demás con un canturreo mecánico y despreocupado. Un hombre joven, solitario, apoya el brazo con gesto cansado sobre una cruz de madera y con la cabeza gacha murmura sus plegarias. Hay mujeres sentadas en sillas traídas para la ocasión, cocinando sobre un fogón con la mirada ausente, como absortas. Un cuerpo esbelto de mujer se agacha y con la mano blanca acomoda la hilera de velas. Sin tomar en cuenta el lugar y la hora retozan niños, saltando por encima de las tumbas sin que nadie los reprenda. Aquí y allá se forman ruedas animadas, circula el mate y aun más la damajuana de vino; los participantes ríen y cuentan cuentos. Sobre las lápidas hay quienes extendieron los alimentos que

trajeron consigo; al lado de las tumbas duermen niños de pecho envueltos en mantas. Todo está revuelto, todo es informal, nadie estorba ni critica a nadie. Reina un aire apacible; todo respira bienestar.

Un ancho camino de reciente trazado nos lleva en línea recta desde la entrada al centro del cementerio. Jóvenes y viejos pasean despreocupados por el lugar. A la izquierda se desenvuelve la vida junto a las tumbas: es la parte vieja del cementerio. Las tumbas, en parte muy antiguas, se alinean en largas filas ordenadas, interrumpidas en ocasiones por árboles añosos que han quedado ahí, solitarios entre las tumbas, mirando con nostalgia hacia el bosque cercano. A la derecha del camino se tiende la tierra chaqueña intacta, a la espera de todos los que algún día reposarán allí. Si avanzamos por el camino central, el trajín se va calmando y el resplandor de las velas se vuelve más tenue. A la derecha de este trecho final solo se extiende una larga fila de tumbas –túmulos recientes, aun sin lápidas ni cruces–: la última morada de las víctimas de la terrible epidemia de gripe del invierno pasado. Vemos sombras negras sentadas en silencio y soledad, y en sus cantos tiembla una tristeza que habla de la herida aun abierta causada por la dolorosa despedida. Con unción aun mayor, profundamente conmovidos, contemplamos esta hilera de tumbas. Son las víctimas del Chaco, tierra dura e implacable que con su fatídica mano derribó tantas vidas, y sin embargo deviene la patria de los que no pueden menos que amarla por su infinita vastedad y su fuerza férrea e indomable.

Detrás de esta última hilera de tumbas se extiende el Chaco en el silencio de la noche. Bajo retazos de nubes tenues como velos se oculta una pálida luna, que no estorba el resplandor de las velas. Los imponentes árboles de la selva virgen contemplan con aire grave y majestuoso el jardín de luces y la abigarrada multitud; contemplan el quehacer diario y el sufrimiento humano. Pero a lo lejos, en campo abierto, como un reflejo del iluminado cementerio, arde la estepa. En la sagrada noche de difuntos, la madre tierra enciende sus propias antorchas para que ardan en memoria de sus hijos muertos.

Velorio⁵

La noche de verano yacía extendida como en sueños sobre la vasta extensión del Chaco. Cada tanto una leve brisa se deslizaba desde lo alto de la copa de los añosos y soñolientos árboles de la selva virgen, meciendo en un susurro los maduros campos de maíz y acariciando las plantas de algodón, en hilera y listas para su recolección. Una delgada luna arrojaba su luz mortecina sobre campos y bosques, caminos arenosos y solitarios caseríos.

En medio de la llanura aparecía el rancho mísero, como encogido, del santiaguense. Desde lejos el sonido de cascos y el relincho de caballos, el cuchicheo y murmullo de voces en torno a la vivienda hacían sospechar que se estaba desarrollando una actividad nocturna fuera de lo habitual.

⁵ Texto base: "Velorio", *Bundeskalender 1927* (1926): 123-124. Título en español en el original. Sigue (en alemán): *Un apunte del Chaco argentino por Cissy von Scheele-Willich*.

De improviso, una profunda y sonora voz masculina colmó la silenciosa vastedad del entorno. Sonó un instante en soledad, de inmediato se le unieron otras voces y surgió un vibrante canto coral de extrañas cadencias. Por momentos, las voces masculinas sonaban ásperas y potentes pero siempre profundamente armoniosas; en medio de ellas, las escasas voces femeninas no eran más que plañidos metálicos y sin lustre. Una y otra vez callaba el coro para dar lugar a la maravillosa voz del primer cantor y unirse luego nuevamente a él al ritmo exacto y con toda su potencia.

La monotonía y tristeza opresiva del canto iban calando en mi ánimo a medida que me acercaba al rancho, que me era tan familiar. Me acerqué a la entrada y contemplé, conmovida, la desacostumbrada escena. Innumerables velas, colocadas en el centro de la choza, alumbraban cálidamente la humilde habitación, cuya lobreguez parecía transfigurada por la luz que ascendía hasta los bastos travesaños del techo y descendía por las paredes grises ahumadas, revestidas aquí y allá por ilustraciones en colores recortadas de algún periódico o un almanaque ilustrado de mal gusto. Siguiendo su recorrido, la luz se posaba sobre incontables figuras humanas acuclilladas sobre cajones o sillitas para regresar luego a su punto de origen: la corona de velas en el centro de la habitación.

En este lugar se hallaba un *catre* cubierto de mantas coloridas y por los contornos se adivinaba que debajo reposaba el cuerpo inerte del muerto.

En soledad, como había vivido entre ellos, yacía ahora en medio de sus paisanos, que se habían acercado a rendirle el último tributo. Yo conocía a casi todos de vista. Seguramente habrían pasado por su rancho de tanto en tanto, siguiendo la costumbre, pero siempre tuve la impresión de que algo los distanciaba de él. Esta gente no es chismosa; cuanto más, puede sospecharse que no están en buenos términos con una persona cuando desvían la conversación sobre ésta con un tono algo frío y desdeñoso.

Aquella noche no faltó ninguno. Los santiagueños no sopesan la conveniencia de sus acciones en base a preferencias personales, cuando la costumbre prescribe lo que ha de hacerse, de modo que se enfundaron en su mejor saco negro, se ataron el corbatín blanco y recogieron de sus casas las velas de que disponían o estaban dispuestos a llevar. Los vecinos, parientes lejanos del muerto, hacían las veces de anfitriones. La vecina, una mujer de gran porte, provista de espléndidas trenzas negras que llevaba sueltas sobre la espalda, se encontraba delante del rancho, atareada con un fogón y una olla. Su marido, de nariz aguileña y un tanto bizco, se mantenía de pie en el umbral, observando el movimiento a su alrededor. Contra las paredes se alineaban todo tipo de cajones, sillas, taburetes y el gran baúl de lata que, hasta donde me alcanza la memoria, guardaba todas las pertenencias del difunto. Encima, se hallaban sentados los huéspedes: hombres de rostros morenos y grandes ojos negros de mirada ardiente, cabello negro abundante, rasgos poco enérgicos y complexión de apariencia endeble. Casi todas las mujeres y niñas también eran de tez morena. Sus ojos negros eran hermosos pero marcadamente inexpresivos y sus cuerpos, tirando a rollizos. Hasta la cintura vestían ropas ajustadas de algodón estampado de corte anticuado. Las faldas, en cambio, ondeaban desde la cintura hacia abajo en amplios pliegues. Sus cabellos estaban entretejidos con vistosos pañuelos de seda de colores.

El extenso y monótono cántico se fue extinguiendo y fue seguido de un breve silencio. Los cantores se enjugaron el sudor de los rostros acalorados y el primer cantor tomó la guitarra y la dejó a los pies del *catre* recubierto. Algunos jóvenes tomaron dos grandes damajuanas, llenaron vasos y copas y las hicieron circular. El espíritu solemne que había despertado el canto fúnebre pareció diluirse en un santiamén. Todos empezaron a conversar y reír por lo bajo; se levantaban, estirándose, de sus incómodos asientos; salían a tomar aire; sacaban el cuchillo del cinto y lo ensartaban con deleite en los trozos de carne que les ofrecía en una fuente la solícita vecina.

Me retiré a un lugar oscuro. Me crispaba los nervios el modo en que estos nativos pasaban sin reparo de la emotividad de su cántico fúnebre a un talante profano. Probablemente, la muerte en cualquiera de sus formas no nos conmueve a nosotros de igual modo que a personas de mente más primitiva, que la aceptan –al igual que a las enfermedades y golpes del destino– con curiosa impassibilidad y resignación.

Mi pensamiento voló hacia el muerto y recordé que a pesar de no haber sido "más que un negro", un analfabeto a quien la muerte sorprendió inesperadamente, había sido para nosotros un fiel vecino y, más aún, un amigo. Sabía que sus familiares me habrían tomado a mal que no me hiciese presente en el velorio, pero no logré integrar en mi interior la impresión profundamente emotiva del comienzo con la trivialidad posterior. No había emprendido aun el regreso, cuando vislumbé que el círculo de deudos volvía a reunirse en torno al cajón del muerto. En el pequeño rancho chaqueño resonó una vez más en la noche la voz del primer cantor con aquel ritmo extrañamente sincopado, y al punto la voz del coro en honor al muerto.

Volví por donde había venido. Hacia el oeste, la luna creciente brillaba en el cielo y desde el bosque vecino se escuchaba el lastimero gorjeo de un mochuelo. Hacía tiempo que esta tierra silenciosa y solitaria era mi hogar. Pero en aquel momento se me cruzó por la mente que deseaba morir en mi viejo suelo natal, porque me encontraba en tierras extrañas, donde el alma anda errante y siempre en la búsqueda sin lograr echar raíces.

Nuestros vecinos "los negros"⁶

El refrán que dice: "ni las mejores personas pueden vivir en paz si el mal vecino no lo quiere así" vale en todo el mundo y, por ende, en Sudamérica. No sólo hace referencia al vecino que vive pegado a nuestra vivienda y es muy fácil que perturbe nuestra paz, sino también al que vive a tal distancia que cuesta distinguir el techo de su casa, y se supondría que no hay motivo alguno para roces. Pero es allí o acaso precisamente allí donde la armonía entre vecinos resulta esencial para vivir en paz. Bien lo sabemos nosotros, habitantes del Chaco.

"Pelear con el vecino" es una frase que se oye refunfuñar frecuentemente a más de un colono. Ni la raza ni la nacionalidad son determinantes en las rela-

⁶ Subtítulo: *Un apunte del Chaco argentino*, por Cissy von Scheele-Willich.

ciones entre vecinos. Un vecino puede mantener disputas tan agrias con un compatriota como con un ruso alemán, un español, un italiano o un "nativo"⁷, es decir, un argentino. En un arranque de furia el alemán puede llamar al español despectivamente "spaniol" e imponer al natural del país -cuanto menos en nuestra región- el mote de "negro". No es de sorprender, ya que nosotros, colonos del Chaco argentino, estamos casi exclusivamente en contacto con los habitantes de piel oscura de las provincias norteñas, en particular de Corrientes y Santiago del Estero. Con el correr de los años, el uso repetido del mote de "negro" entre los alemanes hizo que fuera perdiendo su tinte ofensivo o rencoroso y hoy denote, sin más, la diferencia entre vecinos del norte de Europa y habitantes del país.

En el Chaco los alemanes suelen hablar mal de sus vecinos "los negros". La idiosincrasia latina les es ajena, sus hábitos de vida no se parecen a los nuestros y su modo de concebir la realidad se asienta sobre bases diferentes de las nuestras en cuanto a educación, trato con los demás y medio en que viven. Es preciso disponer de un conocimiento cabal de tales diferencias, poner en juego una buena dosis de buena voluntad y obrar con diplomacia, si deseamos tener un contacto agradable y sin roces con nuestros vecinos.

Quien haya tenido, como yo, la oportunidad de vivir durante cinco años en estrecha relación con "santiagueños"⁸ de origen, logra adentrarse en la vida y el pensamiento de esta gente, llegando a conocerla mejor que si nos limitásemos a hacer una breve visita a su provincia. La convivencia entre vecinos saca a relucir todas las virtudes y defectos de las personas. No hay duda de que nuestros vecinos "los negros" también sabrán contar más de una historia sobre los "gringos" alemanes, pero en un punto coincidirán ambos relatos, y es que durante cinco años fuimos buenos vecinos, "los negros" y nosotros.

Aclaremos que, aunque hablamos de "negros", la coloración de la piel de estos santiagueños no es negra, sino morena; su pelo, abundante e hirsuto, es de un negro intenso y sus ojos, a menudo hermosamente formados, son pardos, casi negros. Son descendientes de indios y españoles, pero en la mayoría de estas familias la sangre india resalta con vigor. De tanto en tanto, empero, es dable encontrar algunos tipos muy apuestos de inconfundible estirpe española.

En el interior de la provincia se habla poco español y la gente suele manejarse entre sí en su "quechua"⁹ nativo. Particularmente a las mujeres, que han tenido menos contacto aun que los hombres con gente de otras provincias, el español les resulta poco familiar y no es raro que haga falta un intérprete para entenderse con ellas. Los hombres de este Santiago extremadamente empobrecido ya se habituaron hace años a buscar trabajo en otras provincias en épocas de cosecha. En el pasado, los ingresos obtenidos de este modo les permitían subsistir -aunque dificultosamente- con sus familias, dadas sus escasas pretensiones. El

⁷ *Nativo*, en alemán *hiesig*: "de aquí", "vernáculo", es una forma en que los alemanes suelen referirse a los argentinos para marcar diferencias en sus costumbres, mentalidad y demás (N.T.).

⁸ La autora escribe "santiagueños" (N.T.).

⁹ En este texto muchas palabras locales se citan entre comillas, denotando extrañeza. Omitimos la traducción que ocasionalmente agrega. En otros casos la autora usa el término local (*alpargatas*, *mate*, *puchero*) sin señalarlo (NE.).

puebleros casi siempre poseía unos caballos, una vaca, unas cuantas cabras y ovejas, y algunos cultivaban maíz en pequeñas parcelas. En la temporada de cosecha viajaban al sur, a las provincias de Buenos Aires y Santa Fe, donde trabajaban duramente para llevar al pago la mayor ganancia posible. El resto del año lo dedicaban a descansar de las arduas tareas realizadas.

Al menos fue así como los santiagueños me describían la vida de los puebleros en su provincia. Otra era la vida de los viejos "*puesteros*" y sus familias, asentados en las solitarias pasturas de Santiago del Estero o del vecino Chaco con sus animales –propios o entregados a su cuidado–, que a veces llevaban a pastar de un campo a otro. Vivían una buena vida, aunque nómada y primitiva. Hoy por hoy esta vida se les hace difícil, pues el avance de la agricultura en el Chaco, con la legislación que la fomenta, los obliga a desplazarse cada vez más hacia el norte o a volverse sedentarios, abandonar la actividad ganadera y dedicarse a la agricultura.

En los últimos cinco años, muchos santiagueños se trasladaron a la zona agrícola del Chaco, transformándose en colonos. Algunos lo hacían para escapar de la miseria, y entre los jóvenes hubo muchos que, en su afán por aumentar sus ingresos, prefirieron dedicarse a tareas agrícolas, imitando a los "*gringos*". También hubo quienes se contagiaron del ansia de emigrar, que se propagó por diversos poblados de Santiago del Estero. Aunque muchos no puedan resistir la vieja costumbre de holgazanear y por tanto no progresan, no son pocos los santiagueños que trabajan con firmeza, esforzándose al máximo. Debemos cuidarnos de medir a todos con la misma vara cuando se trata del empeño que ponen en las tareas, y de su capacidad de trabajo y ahorro. Su constitución y la alimentación deficiente no les permiten trabajar al mismo ritmo que nosotros, habitantes del norte de Europa. No creo que sus movimientos lentos y medidos se deban a su tendencia a la pereza, como suele pensarse en un primer momento, sino al clima y al modo de vida que han llevado durante generaciones. Asimismo, cierto embotamiento y una mente rudimentaria muy marcada que los caracteriza seguramente sean producto de la endogamia, a la que haremos referencia más adelante. Por otra parte, a pesar de su sorprendente frugalidad, los santiagueños carecen de capacidad de ahorro y cualquier suma que supere los 10 a 20 pesos los marea: les es ajeno el concepto de dinero en cantidades superiores. Muchos no pueden siquiera sumar montos más elevados, en particular los trabajadores agrícolas analfabetos, que prefieren comprar sus provisiones en raciones muy pequeñas, que no superen los 10 a 20 centavos para poder sumarlas mentalmente.

Después de estas consideraciones generales me referiré en particular a nuestros vecinos santiagueños. La numerosa familia había emigrado en tandas del mismo "*pueblo*" de la provincia de Santiago del Estero casi al mismo tiempo en que nosotros nos establecimos en la colonia del Chaco, y vivía dispersa en diversas chacras en terrenos fiscales. Todas las ramas de esta familia eran muy pobres. En los primeros años de su nueva vida, no poseían más que unos pocos centavos y estaban satisfechos con ganar pequeñas sumas enterrando postes, desmalezando el terreno o en tareas parecidas. Sus medios de subsistencia, sumamente modestos, los obtenían al fiado del almacenero, al que seguían llamando "*patrón*" y en cuyas manos solía quedar todo el producto de la cose-

cha. Sus comidas eran de sorprendente uniformidad: antes del amanecer, *mate*; a las 8 de la mañana, café con pan; a las 12, *puchero*, es decir, carne hervida con fideos o arroz, *batatas* y, si se podía, zapallo. A la noche, nuevamente puchero o "*asado*" con mucho pan¹⁰ y, entre comidas, una y otra vez el "*mate a la bombilla*"¹¹ para engañar el estómago. Consumían muy pocos huevos y leche y evidentemente no les apetecían. Si nuestros vecinos nos pedían prestado algún alimento o dinero, lo devolvían sin demora en la medida exacta en que lo habían recibido. Solían comprarnos¹² víveres en cantidades sumamente reducidas, sistema que a los comerciantes del pueblo nos desagradaba, pero era común cuando el dinero escaseaba: azúcar por 10, yerba por 20, jabón por 5 centavos, etc. Este menudeo me resultaba fastidioso ya que, por añadidura, debía realizarlo con frecuencia en horarios inoportunos. Sin embargo, no podía dejar de atender a él, ya que era compensado con otros servicios que ellos nos prestaban. Del mismo modo, como íbamos al pueblo más seguido que nuestros vecinos y disponíamos de un sulky, solíamos cumplir con algún encargo que ellos nos daban. Nuestra relación, pues, no tardó en asentarse sobre la sencilla base del "yo te ayudo y tú me ayudas".

De tanto en tanto, alguno de los hombres cabalgaba hasta el pueblo para hacer compras. Siempre se lo veía bien vestido y pulcro, con el apero del caballo en perfectas condiciones. El aseo y cuidado personal, aun en individuos extremadamente pobres, es ejemplar. Guardan con esmero la "ropa de salir" en un baúl de chapa, requisito indispensable de todo rancho santiagueño. Consiste en un traje oscuro, un sombrero negro, medias y zapatos o alpargatas sanos, una camisa limpia sin zurcidos y el característico pañuelo de cuello de seda blanco o de colores. Por modestos y sobrios que sean los santiagueños, consideran que poseer y cuidar esta ropa de salida es indispensable para ser respetados y tenidos por personas decentes.

Por lo demás, los enseres del hogar eran sumamente sencillos, como lo son en los demás ranchos santiagueños. Daba envidia ver qué poco necesita una persona para vivir.

Para la cocina, que no era más que el espacio que rodeaba el fogón abierto a flor de tierra, bastaba una olla para el puchero, un cucharón, una pava y una parrilla para el asado y la torta, como llaman ellos un pan chato, dulce y grasoso. La vajilla se reducía a unos platos esmaltados, vasos igualmente esmaltados y cucharas de lata. En cuanto a los cuchillos, los hombres los extraían del cinto y cortaban la carne para sí, las mujeres y los niños. Contaban con una palangana para el aseo de toda la familia, pero solían lavar la ropa en el bebedero. El mobiliario consistía en unas sillas bajas, que ellos mismos fabricaban, al igual que la mesa, que servía para todas las tareas imposibles de realizar en el suelo, y un ropero armado a partir de un cajón. Tanto la amasadera como la tina y el recipiente para apisonar el maíz estaban hechos de troncos ahuecados. Cada miembro de la familia poseía su catre, cubierto con espléndidas mantas y ponchos multicolores.

¹⁰ Es evidente que a la autora le llama la atención la costumbre de acompañar el mate y las comidas con pan, lo que no es costumbre en Alemania (N.T.).

¹¹ "Almacenero", "puchero", "asado", "mate a la bombilla", "torta", en español en el original (N.T.).

¹² Suponemos que la autora tenía una despensa o expendio de algún tipo (N.T.).

En todo el país son conocidos los ponchos santiagueños tejidos en telar. No usan ropa de cama; sólo aprecian las almohadas revestidas con fundas blancas.

Siempre que llegábamos a un rancho por algún motivo, encontrábamos el interior y el patio bien barridos. Apenas los dueños veían aparecer visitas, les iban al encuentro y les daban la mano con el estereotipado saludo: "Buenos días, ¿cómo le va?" (Es típica en ellos la forma floja de dar la mano). En seguida les ofrecían un asiento, pues la gente de aquí considera de muy mala educación tratar lo que sea, estando de pie. Debían tenernos por personas muy desatentas, pues si llegaban en horario inoportuno no les ofrecíamos sentarse, esperando que se fueran pronto.

Si una persona llega al rancho de un santiagueño cuando está comiendo, debe compartir la comida. Esta hospitalidad, que es costumbre en aquellos pagos, se ofrece amablemente como algo natural y no debe rechazarse sin motivo. Si esto nos llevaba a evitar las comidas, lo más seguro era que los encontrásemos a la hora del mate. Como supimos luego, el rechazo del mate por parte de un paisano es visto como una ofensa, pero el extranjero parece tener derecho a dar las gracias con la excusa de que todavía no se ha acostumbrado a esta bebida o no la tolera bien, lo que el santiagueño acepta con una sonrisa indulgente y compasiva.

Me parece que entre los santiagueños está particularmente arraigada la costumbre –difícil de entender para nosotros, alemanes– de que todo pedido o preocupación que los trae debe ir precedido de largas peroratas acerca del tiempo o cualquier otro tema, en lugar de ir directamente al grano. Nuestros vecinos no eran una excepción en este sentido. Aquí en el Chaco nuestra paciencia es puesta a prueba de manera particular, pues nadie tiene motivo alguno para andar con prisa. Solían exasperarnos los visitantes, que se explayaban casi una hora en discursos antes de revelar qué los traía. Finalmente decidimos que, en este punto, no haríamos más concesiones en aras de la paz vecinal, al menos con nuestros vecinos más próximos. Introdujimos la bárbara costumbre alemana de saludar amablemente y en seguida preguntar en forma terminante: "¿Desea algo?" o "¿Qué necesita?", implicando "¡Vamos al grano!" El que no estaba acostumbrado a estos modales o falta de modales gringos, solía responder "¡Nada!", para terminar diciendo lo que lo traía después de largos preámbulos. Un método aleccionador y útil para abreviar este interminable proceso, fue el de aplicarnos con empeño a nuestras tareas inmediatamente después del saludo.

Debo mencionar un rasgo entrañable de los santiagueños y es que, con toda naturalidad y sin preguntar, ponen manos a la obra para ayudar en la tarea que uno está realizando en el momento. Colaboran en poner o quitar el apero a los caballos en el corral; nos quitan el hacha de la mano y siguen hachando leña; toman el balde para sacar agua del pozo, etc. Aun el hijo de nuestro vecino, un gracioso niño de siete años, se portaba en este sentido como un caballero. Por un lado, nos sorprendía ver lo malcriados que son los niños y, por otro, el comportamiento ejemplar que manifiestan en ciertas situaciones. Llama la atención su aplomo y ausencia de timidez innata cuando les toca cumplir con determinados encargos o responder preguntas.

Por lo general, las familias santiagueñas tienen muchos hijos. Llevan a sus bebés constantemente consigo y, ya sea de día o de noche, la infatigable madre les da el pecho apenas comienzan a berrear. Una vez que han dejado la edad

de la lactancia, siguen su desarrollo –por así decirlo– en el barro, sobre el piso de tierra. Desde muy temprano, los hijos de los santiagueños ayudan a sus padres. Un niño de cinco años ya monta cualquier caballo y ayuda a ponerle y quitarle el arnés; montado, arrea los caballos y vacas del campo; abreva la hacienda; sabe hachar, en una palabra, es un peón útil para el padre. También las niñas aprenden todo esto desde muy jóvenes: montan a la par de los varones y realizan todo tipo de tareas en las chacras. El santiagueño nunca permite que niñas ni mujeres ejecuten labores de campo pesadas. Tampoco ve con buenos ojos que el "*gringo*" lo consienta.

El rancho de nuestros vecinos estaba habitado por un número relativamente reducido de personas. Los últimos en vivir allí fueron dos matrimonios con tres hijos, aparte de los sobrinos, primos, tías u otros allegados que nunca faltaban. Pero en muchas chacras circundantes vivían familias de abundante progenie, emparentadas con ellos. Al principio me resultaba imposible reconstruir, aunque fuese someramente, la genealogía de estas familias, y pasaron años antes de que pude entender algunas de estas relaciones de parentesco. La causa por la que eran tan intrincadas residía en que hacía décadas que todas ellas, oriundas del mismo pueblo de Santiago del Estero, se casaban entre sí. En el pasado, poca gente en aquellos parajes aislados tenía la posibilidad de conocer un mundo más allá del horizonte de su pueblo y no le quedaba más remedio que casarse con alguien de los alrededores. No hay duda de que la endogamia continuada debió ir en desmedro de la raza y explicaría el embotamiento a veces pasmoso de ciertos individuos, que se manifiesta en su escasa inteligencia, en su total falta de interés por todo lo que trasciende su mundillo, en su costumbre de pasar horas enteras sentados juntos, como aletargados, sin cruzar palabra, etc. Dado que las leyes de matrimonio civil no juegan un papel importante entre esta gente y las parejas prefieren unirse sin compromiso de por vida, no hay restricciones a la reproducción de la familia dentro de parentescos estrechos. No cabe deshonra alguna a las mujeres solteras con un hijo o varios. Se habla de esto con total naturalidad, y se comenta sin malicia delante de todo el mundo. Sólo a nosotros, europeos que hemos perdido la candidez, este comportamiento nos resulta sorprendente y aun "inmoral".

Daré algunos ejemplos de la familia de nuestros vecinos santiagueños más cercanos y sus parientes. Al iniciar la relación con ellos, el rancho estaba habitado por un joven santiagueño aparentemente soltero junto a su hermano y la mujer de éste, un matrimonio por lo visto sin hijos, aunque casados "como corresponde". Cuando les preguntábamos si tenían hijos, indefectiblemente contestaban que no los tenían. Pasado cierto tiempo, la joven pareja regresó a Santiago y sólo después de la muerte del hermano volvió a la colonia para hacerse cargo de la chacra, que había quedado sin dueño. Traía consigo a dos niños, de 9 y 5 años, ambos con un sorprendente parecido con la madre. Supimos luego que eran sus hijos, pero no lo eran del hombre, al que no llamaban "padre" sino "tío".

Por mera casualidad, logramos saber más acerca de las relaciones de parentesco. En una chacra al norte de nuestra vivienda vivía el tío de nuestros vecinos, un hombre conocido por todos los habitantes de la colonia por su fabulosa nariz aguileña. Este hombre tenía muchísimos hijos, entre ellos una muchacha de unos diez años, de cabellos negros como el azabache. Un día, la niña se encontraba en nuestro patio cuando lo atravesó un muchacho llevando un hacha. Se trataba

de un santiagueño recién llegado, que andaba en busca de trabajo y al que habíamos encargado clavar unos postes. Al intercambiar unas palabras con él, nos había parecido que lo conocíamos de antes, pero no lográbamos recordar de dónde. La muchacha lo vio, se me arrimó y me dijo en voz baja: "¡Dicen que es mi hermano!" Sorprendida, le pregunté: "¿Y no lo conocés?" "¡No, a casa no viene!" "¿Quién dice que es tu hermano?", volví a preguntar sin entender nada. Ella calló y se encogió de hombros. Tiempo más tarde pude enterarme de qué se trataba. El muchacho era efectivamente hijo del narigón, y la naturaleza había impreso en su cara la prueba inconfundible de su origen. Al comienzo, no pisaba el patio de su padre. Junto con su madre y varios hermanos de otro/s padre/s inició su propia chacra. Pero sucedió que otro hijo del narigón formó pareja con una hermana del joven mencionado, lo que hizo que se restablecieran las relaciones entre las familias. Hubo otros casos de curiosos parentescos entre santiagueños. No los mencionaré, porque ocuparían demasiado espacio en el almanaque¹³, además de tratarse de temas delicados.

Por la falta de cultura de estos habitantes de provincia, se hallan desamparados como niños frente a las enfermedades y los accidentes. Aun pueden encontrarse, de tanto en tanto, ancianas y ancianos sabios que conocen de hierbas medicinales, y otros que curan con embustes. Higiene y asepsia son términos desconocidos entre ellos y, aunque son de naturaleza más bien endeble, es evidente que logran generar una enorme cantidad de antídotos contra la mugre. En muchos casos, las supersticiones exacerbaban los miedos y las penurias. Enfrentan la muerte con una extraña mezcla de resignación y embotamiento. Creen firmemente que de nada sirve rebelarse ni luchar contra la muerte; si el destino ha decidido a favor de ella habrá que morir. En parte debido a esta abulia y en parte por miedo al médico (o a lo que pueda cobrarles) es frecuente que algún miembro de una familia santiagueña muera habiendo podido salvarse. Al fin y al cabo, no es de sorprender que teniendo tan pocas satisfacciones en la vida -poco más que comer, beber y dormir- y esperando tan poco de ella, no estén muy apegados a la existencia.

Nunca los ví joviales ni dando rienda suelta a la alegría. Tanto las fiestas grandes como las pequeñas son extremadamente aburridas. Solo el alcohol logra despertar en ellos un alborozo que es más bien desenfreno y no es raro que termine en trifulcas y cuchilladas.

No podemos cerrar el capítulo sobre los santiagueños sin destacar el acentuado sentido de pertenencia a la familia que los caracteriza. Se expresa no sólo en las frecuentes visitas que van y vienen, sino en el apoyo que se prestan en caso de necesidad. Si uno de ellos enferma, por más que se trate de un pariente lejano o un amigo, sacrifican hasta el último centavo por él, lo acogen en su hogar y lo cuidan lo mejor que pueden, considerando sus escasos conocimientos. Si está en la miseria, compartirán sus alimentos por tiempo ilimitado. También los huérfanos son tratados como hijos propios. Nunca oí que alguno de nuestros vecinos deslizará el menor chisme, ni comentara un incidente en rela-

¹³ Se refiere a la publicación periódica que publicó este trabajo, el *Zeitschrift des Deutschen Volksbunds*.

ción a un pariente, aunque se llevasen como perro y gato. Son solidarios y se ayudan mutuamente. El que está en buenos términos con un santiagueño puede contar con que ningún miembro de su parentela lo perjudicará adrede. ¡Pero pobre del gringo que se malquiste con un allegado de aquél o lo ofenda! Puede salirle caro, pues llegado el caso todos los miembros de su familia se pondrán en su contra y le harán sentir su hostilidad. Este es el peligro que representan los vecinos "negros" con los que *no* se hacen buenas migas.

Con frecuencia pensamos en nuestros vecinos santiagueños, "los negros", y guardamos un buen recuerdo de ellos. Ellos y nosotros entendimos que se puede vivir en paz si el vecino lo quiere así, más allá de las diferencias de raza e idiosincrasia, por marcadas que sean. Todo depende de que haya una buena predisposición de unos hacia otros, y debo admitir que, en este sentido, tuvimos mucha suerte con nuestros vecinos "los negros".



Foto: gentileza flía. Wiesemann